SUBRAHMANYAM, Sanjay (2023). *Imperios entrelazados: En los orígenes del mundo moderno.* (222 pp.). Universidad de Barcelona. ISBN 978-84-91678-760-3.

Este libro reúne una serie de artículos de uno de los historiadores más importantes en activo. Sanjay Subrahmanyam es profesor de historia social y económica en la Universidad de California y titular de la cátedra de historia global de la primera modernidad en el Collège de Francia. Como hace Jorge Flores en su presentación, es fácil describir a Sanjay Subrahmanyam como «un especialista cuyas ideas son realmente capaces de transformar una determinada área de conocimiento» (9). Lo difícil es dibujar los contornos de su ámbito de especialidad. A lo largo de su trayectoria, Subrahmanyam ha transitado desde una historia más social y económica hacia una historia más cultural. Esta evolución coincide con el cambio de paradigma de la disciplina histórica entre finales del siglo XX y principios del siglo XXI, pero muy pocos historiadores han demostrado una capacidad similar de manejar historiografías y, más raro todavía, fuentes, de naturaleza tan dispar. No me resisto a traer aquí mi ejemplo favorito: sólo este autor es capaz de asociar las palabras de Dominguín con el concepto persa de *Hamzad*.[1]

A simple vista puede parecer que este es un libro sin una audiencia bien definida. Las temáticas sobre las que ha venido trabajando no son temas muy populares entre los historiadores hispanohablantes y los pocos especialistas interesados por estas materias habrán leído su extensa producción en inglés o francés. Sin embargo, este proyecto editorial es una buena noticia si tenemos en cuenta que la oferta crea o incentiva la demanda. No se puede esperar que este libro despierte un interés por la historia cultural del Asia central o meridional, pero disponer de los textos en castellano puede facilitar su consulta para quienes se interesen por la historia imperial en la Edad Moderna. En un plano más general, sus reflexiones sobre la historia conectada y comparada pueden suponer un revulsivo en un panorama historiográfico todavía dominado por un nacionalismo metodológico ya sea a escala imperial, regnícola o estatal. Además, dada la extensa producción de este autor, cabe esperar que esta pequeña selección de textos invite a quienes consulten esta obra a aventurarse por su obra en otros idiomas. Sin duda, hay que celebrar la decisión del equipo editorial de la colección Transferències la decisión de traducir esta obra.

El libro reúne la traducción de siete textos publicados por Sanjay Subrahmanyam entre 2001 y 2008, además de una presentación a cargo de Jorge Flores y una introducción por parte del propio autor. El primer capítulo presenta un recorrido sobre el Estado da Índia como un ejemplo que permite problematizar las definiciones categóricas de

1. Sanjay Subrahmanyam, *Connected Histories: Essays and Arguments* (Londres: Verso, 2022), 108.

los imperios en la Edad Moderna. El segundo artículo es un análisis a escala global del milenarismo político como ideología dominante y, más importante todavía, como resultado de diversas sinergias entre sociedades diversas. Las conexiones quedan relegadas en el tercer artículo, en el que el autor ofrece una historia comparada de los imperios mogol, otomano y Habsburgo que busca mostrar cómo a pesar de sus similitudes, sus diferencias implicaron «grados diferentes de trauma imperial» (96). El cuarto artículo es un ejercicio de historia conectada de los imperios ibéricos centrado en sus instituciones político-fiscales, la actividad de las órdenes religiosas, la circulación de influencias artísticas y los flujos económicos. El siguiente artículo analiza la primera «larga década» (1498-1509) de la presencia portuguesa en el océano Índico. El sexto artículo se centra en encuentros diplomáticos, militares y artísticos entre agentes de diferentes culturas para argumentar que el concepto de inconmensurabilidad conceptual carece ya de potencial heurístico. El último texto trata las percepciones sobre los europeos (falsos y fanáticos, pero también artífices de objetos maravillosos) y posteriormente sobre Europa (espacio cada vez más complejo que suscitaba asco y recelo, pero también asombro) entre autores del Asia meridional.

La traducción es correcta y elegante, aunque en ocasiones hay algunos errores de consistencia. En la página 66 la estratégica ciudad árabe del Mar Rojo aparece como Jiddah (nombre inglés) mientras que en las páginas 158 y siguientes aparece en su versión castellanizada: Yeda. Estas imprecisiones pueden invitar a equívocos entre un público no familiarizado con estas geografías. En otras ocasiones la traducción podría resultar más precisa. En la página 160 se mencionan precios «desinflados» (deflated en el original), pero los iniciados en la oscura jerga de esa alquimia actual que es la economía hubieran preferido leer «deflactados». Los editores han añadido un índice onomástico al final del libro, pero se echa en falta un índice geográfico y, sobre todo, analítico, para guiarse por una obra en la que las localizaciones y temáticas son tan extensas como contraintuitivas. En cualquier caso, todas estas cuestiones no desmerecen el resultado final del libro como volumen. Al contrario, estas puntualizaciones sólo demuestran el cuidado con el que se ha llevado a cabo el proceso de traducción y edición.

Calibrar el potencial impacto de un libro compuesto por trabajos publicados hace años no tendría sentido. En lugar de hacer eso nos limitaremos a discutir los textos que consideramos que más interés pueden suscitar entre el público de esta revista: los trabajos que plasman la propuesta del autor de historia conectada. El primer texto es un trabajo de altísimo nivel sobre el milenarismo del siglo XVI. Este trabajo tiene dos objetivos: demostrar que el expansionismo europeo se vio acompañado por ideas milenaristas que formaban parte de la ideología al servicio del poder y que las corrientes milenaristas de los mundos cristiano, musulmán, hindú no fueron independientes, sino que formaban un

conjunto. Concuerdo con Fernando Arrabal en la necesidad de abordar el tema del milenarismo, pero la verdadera relevancia de este trabajo reside en la dimensión metodológica subyacente al segundo objetivo. Este texto está construido sobre fuentes portuguesas, otomanas, latinas, castellanas y persas. El autor moviliza trabajos en inglés, francés, portugués, castellano y alemán. Se suele incidir en la cuestión lingüística a la hora de explicar la dificultad inherente a este tipo de ejercicios intelectuales, pero hay una dificultad no menor que tiene que ver con la formación múltiple en distintas historiografías y campos de estudio. Esto puede entenderse como algo disuasorio: la historia conectada aquí propuesta es algo privativo para mentes privilegiadas. De hecho, alguien de limitadas capacidades como yo solo puede sentirse abrumado ante semejante capacidad de movilizar evidencias empíricas y conocimientos. Y sin embargo considero que este tipo de trabajos tienen que formar parte de la batería de lecturas de quienes trabajen sobre los imperios ibéricos porque en la base de este ejercicio late el problema de la relación epistemológica entre la historia europea y la no europea. Un texto como este no puede ofrecer una solución definitiva a esta problemática, pero ofrece una estimulante invitación a repensar los marcos geográficos no como algo dado o estanco, sino como algo que debe construirse en función del fenómeno estudiado y, más importante todavía, a ampliar lecturas más allá de áreas de especialización tan reconfortantes como limitantes. Aunque nunca alcancemos la amplitud de horizontes intelectuales de este autor, tener estas necesidades en cuenta ayuda a evitar limitaciones todavía presentes en obras recientes que tienden a reducir fenómenos presentes en sociedades diversas a base de ignorar la especificidad de cada caso hasta conseguir que encajen en simplistas mecanicismos.

De especial interés para el público de esta revista es el texto sobre la historia conectada de los imperios portugués y español. Este es uno de los trabajos más influyentes en el ámbito de la historia conectada de los imperios modernos y por ello se presta a análisis críticos. Si diseccionamos el texto podemos observar una tensión entre sus diferentes partes. En una primera fase las divergencias entre los imperios se explican por los diferentes contextos en los que se expanden. Los actores entrecruzan las fronteras, pero su actividad en uno u otro ámbito imperial no tienen mayor impacto. Por ejemplo, la explotación española de la isla de Cuba se debe a la falta de un comercio sobre el que construir una fiscalidad rentable similar a la que desarrolla el Estado da Índia en Asia, no a prácticas de explotación que los actores hubieran conocido de primera mano por su experiencia previa en el Atlántico portugués. Por el contrario, en la segunda parte se invierten los factores, la evolución de los imperios pasa a explicarse por cuestiones endógenas que se imitan, emulan, copian o adaptan. Tras la unión de coronas el mundo exterior deja de importar a la hora de explicar algunos proyectos en el Estado da Índia, y esto es algo llamativo si tenemos en cuenta que, como el propio autor afirma

en otro de los artículos de este libro el imperio portugués estaba en constante evolución respondiendo a múltiples estímulos en Asia (38). Trabajos posteriores han mostrado la importancia de actores y desarrollos locales para explicar determinadas aventuras imperiales en el sur de Asia. El autor hace referencia a esta historiografía en su introducción, pero lejos de entablar un diálogo serio con ella se desprende en una serie de descalificaciones tan injustificadas como insustanciales y eso es una lástima porque la traducción de este texto hubiera sido una buena oportunidad para repensar críticamente la evolución de la historia conectada en función del cambiante paisaje historiográfico. De lo que no hay ninguna duda es del potencial de la agenda investigadora que este trabajo abrió y todavía ha sido explotada sólo en parte. Si, como concluye el autor, las experiencias imperiales ibéricas no llegaron a ser del todo equiparables, pero generaron interesantes experimentos de mutua fertilización, ahora tenemos que volver al archivo para rastrear cómo, cuáles y por qué algunos de estos experimentos prosperaron y otros no. En pocas palabras, ya sabemos que tenemos que prestar atención a las conexiones, ahora el desafío es mucho más complejo, tenemos que tratar de identificar cuáles son las más influyentes o cuáles son las que tienen mayor potencial explicativo.

Siguiendo en la senda de la historia conectada de los imperios, el último de los artículos que puede dar más juego es el que trata sobre la inconmensurabilidad en los contextos imperiales de la Edad Moderna. El autor se opone a una noción de «inconmensurabilidad cultural» que en la historiografía de las décadas de 1980 y 1990 dio lugar a áreas culturales impermeables e inaprensibles desde el exterior. Por el contrario, como pretende demostrar, las interacciones imperiales estaban condicionadas por lenguajes compartidos, aproximaciones o improvisaciones que eran finalmente incorporadas. Lejos de dar esta conmensurabilidad interimperial por sentada, el autor sugiere aquí y allá a lo largo del texto la necesidad de explorar sus posibilidades y límites. Más interesante todavía, en ocasiones el autor sitúa estas interacciones más allá de categorizaciones dicotómicas como rechazo o aceptación para incluir cuestiones de apropiación o resignificación. Sin duda, este texto ha sido uno de los que mejor recepción ha tenido desde su publicación y paradójicamente esa positiva aceptación expone uno de sus potenciales riesgos. La necesidad del autor de rebatir una visión demasiado estricta de las interacciones imperiales dominada por la inconmensurabilidad ha hecho que este texto haya podido ser instrumentalizado para defender una conmensurabilidad que en muchos casos resulta difícil de aceptar. En pocas palabras, este trabajo demostró que no podíamos dar la inconmensurabilidad por algo dado, pero no debería servir para descartarla de entrada. De nuevo, ahora que sabemos que la conmensurabilidad era una opción en las interacciones interimperiales, lo interesante es interrogarnos por las interacciones que funcionaron, las que no, por qué razones e incluso, si esto fue un proceso lineal unidireccional o reversible.

No puedo dejar de agradecer a los editores que han impulsado esta traducción y a quien me encargó esta reseña la oportunidad de volver sobre los trabajos de Sanjay Subrahmanyam. Leí algunos de ellos como un joven y desorientado estudiante del programa de doctorado del European University Institute. Cuando sea viejo y esté senil seguiré sonriendo al recordar los buenos tiempos de esas lecturas y que pude asistir libremente a sus lecciones magistrales en el Collège de France durante mi estancia predoctoral en París. Sirva esta licencia personal para demostrar que, si he expresado ciertas críticas, dudas o limitaciones, sólo ha sido para invitar a la audiencia a entablar un diálogo fluido con las contribuciones aquí traducidas. Además, creo firmemente que la propuesta de una historia conectada de los imperios en la Edad Moderna es algo demasiado importante como para dejarla en los altares historiográficos. En España sólo estamos empezando a notar los efectos de una ofensiva contra la historia crítica con los pasados imperiales. Ante ella podemos volver a retirarnos hacia campos más cómodos, pero al hacerlo dejaremos la historia imperial en manos de los apologetas del imperio y ya sabemos cuáles son los resultados de esa retirada estratégica. La obra de Sanjay Subrahmanyam que los editores de la serie Transferències han puesto a disposición del público hispanoparlante nos ofrece un arma intelectual para plantar batalla frente a las lecturas autocomplacientes de nuestro pasado imperial. Incidir en la naturaleza conectada del imperio puede resultar más productivo que volver sobre narrativas dicotómicas, moralistas o simplistas.

José Miguel Escribano Páez
Universidad Pablo de Olavide